



Juanita Barreto Gama\*

## Hacer visible la oposición política de y desde las mujeres: un imperativo ético de resistencia a la guerra

---

\* Profesora Asociada. Departamento de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Integrante Grupo Mujer y Sociedad.

\*\* Este texto fue presentado en el Foro "Oposición política: alternativa a la guerra" realizado el 26 de septiembre de 2002 en el Salon Galán del Capitolio Nacional.

*“Juana de Arco ardió en la hoguera por escuchar y repetir voces y por vestir como un hombre para evitar que los soldados en torno suyo la violaran. (...) Ella no ardió en la hoguera por pronunciar sus propias palabras, sino por repetir voces ajenas. Fue quemada al fin por ser mujer y tan femenina frente a su destino”*  
Anabel Torres (1992)<sup>1</sup>

*“Cuando oigo hablar a los hombres de sus guerras, cuando oigo a nuestros padres y a nuestros abuelos contar sus peripecias, me conmuevo mucho porque esos relatos están siempre llenos de vida y de miedo de morir, de miedo por no lograr lo que se quiere y de fuerza. También son hermosos los relatos de las mujeres que hicieron la guerra. (...) centellea a ratos un cierto entusiasmo por aquel vivir fuera de las reglas y de los roles, alejadas de los caminos trillados. (...) Con ello no quiero decir que la guerra sea hermosa. Los hombres y las mujeres, cuyas historias me gusta escuchar, no quisieron la guerra, y también son hermosas sus historias por esa inocencia. (...) esas guerras tenían ideales, importa poco si eran justos o equivocados, verdaderos o falsos, o siquiera si tenían justificaciones: que el propio país pudiera devenir más potente o más rico, o defender el propio país, o afirmar una idea y quererla realizar.*

<sup>1</sup> Torres, Anabel. *Medias nonas*. Celeste Editorial, Universidad de Antioquia, 1992. pp. 207-208.

*A nadie se le hubiera ocurrido frente a esas guerras separar la historia de los hombres de la historia de las mujeres, mirar esa diferencia; esas guerras parecían pertenecer a la misma historia común”*  
Alessandra Bocchetti (1984)<sup>2</sup>

Decidí seleccionar como telón de fondo, tanto las palabras de Anabel Torres, poeta colombiana, como las de Alessandra Bocchetti, ensayista italiana, por tres razones básicas:

En primer lugar, porque ellas, situadas en coyunturas socioeconómicas, políticas y culturales diversas y desde intereses cognoscitivos también distintos, logran dar cuenta de manera explícita de las particulares maneras de percibir, comprender y asumir la política desde la vivencia; por lo pronto, desde la vivencia de mujeres y hombres concretos, que desean, nombran y sueñan, mujeres y hombres concretos que piensan y actúan.

En segundo lugar, porque deseo intensamente que quienes me escuchan puedan conocer el pensamiento de mujeres que tal vez no han sido nombradas hasta ahora en ninguno de los escenarios en los cuales se busca la solución negociada del conflicto que azota a nuestro país, convertirlo en motivo de conversación y descubrir los nexos con otros pensamientos y propuestas de quienes se preguntan por el futuro de la política y por las relaciones y las distancias entre ésta y la guerra.

En tercer lugar, porque las imágenes que subyacen en esas palabras nos permiten -a ustedes y a mí- poner en escena algunas preguntas que alimentan las reflexiones sobre el tema que nos congrega en este Foro:

- ¿Que significa pensar la política desde la vivencia?

<sup>2</sup> Bocchetti, Alessandra. *Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos 1981-1995*. Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer. Madrid, 1996, pp. 79-80.

- ¿En las concepciones tradicionales de lo político, qué lugar han tenido las voces de las mujeres y de cuáles mujeres?
- ¿En los ancestrales nexos y en las persistentes búsquedas para poner distancia entre la guerra y la política, qué lugares han ocupado y ocupan hoy estas voces?
- ¿Qué posibilidad tenemos hoy de construir procesos políticos a la medida de lo humano, en los cuales cobre sentido la vida de quienes en ellos concurren y las condiciones para hacerla amable y grata?

Son cuatro interrogantes en los cuales se acunan cuatro tesis que hoy pongo a consideración, para que puedan continuar siendo elaboradas y que animen conversaciones posteriores.

## I. Pensar la política desde la vivencia es un camino para ponerle el cuerpo a las ideas

Me atrevo a afirmar que en la larga historia de la política, ha sido una constante la pretensión de despojar las ideas de los cuerpos, de poner distancia entre los propósitos que sustentan el acontecer político y las condiciones concretas de quienes formulan y le dan forma a tales propósitos. Si bien la modernidad abrió el camino para la construcción del sujeto de derecho, las orientaciones y prácticas cotidianas del acontecer político se resisten a realizar -en el sentido de hacer reales- los valores de igualdad, libertad y fraternidad consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y su reconocimiento sigue anclado en la dimensión abstracta.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Camino que apenas se está construyendo, si se tiene en cuenta que no todas las personas han accedido a la condición de sujetos de derecho al mismo tiempo, si se tiene en cuenta que en Colombia, por ejemplo, acabamos de celebrar los 150 años de liberación de los esclavos, que las mujeres apenas hace 42 años obtuvimos el derecho al voto, y que solamente en 1991 los pueblos indígenas y las comunidades afrodescendientes tuvieron un espacio visible en la Constitución Política.

Nadie niega hoy, en el discurso de lo políticamente correcto, la igualdad entre mujeres y hombres, entre negros y blancos, entre homosexuales y heterosexuales; sin embargo los obstáculos son múltiples y la lentitud de estos procesos es aún muy grande cuando se trata de formular políticas públicas que reconozcan los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, que den cuenta de la igualdad de oportunidades para la población afrodescendiente, o que reconozcan legal, social, cultural y subjetivamente las uniones homosexuales...

Con sorpresa presenciamos la persistencia de una tendencia a reproducir -muchas veces de manera silenciosa e imperceptible- la lógica binaria que sustentara las concepciones Aristotélicas que desde finales del siglo IV a. de C., y en virtud de la cual se legitimó durante siglos la superioridad del alma sobre el cuerpo<sup>4</sup> y con ella la pérdida de sentido de la concreta y terrenal existencia humana. Evidentemente en el boom de la modernización, que logra esconder los profundos valores de la modernidad, persiste una contradicción que aun no develamos suficientemente y que se sitúa en la fascinación comercial y consumista de los cuerpos, esto es el predominio de intereses instrumentales que reiteran la presunción del cuerpo-objeto -objetualizado- y la ausencia del cuerpo lugar del deseo, lugar de la palabra, de las emociones, de las necesidades... También presenciamos la tendencia creciente en diversos escenarios del acontecer político, a mantener como válidas las razones que condujeron a Nicolás Maquiavelo a comienzos del siglo XVI a erigir el postulado *el fin justifica los medios* en principio rector de la política moderna. Y este argumento ha sido posible en virtud de la fuerza que tienen, para el saber cotidiano y para el saber científico, para la economía y la política, para la naturaleza y la cultura, los discursos

<sup>4</sup> Ver: Aristóteles. *Obras filosóficas*. W.M. Jackson Inc. 4ª edición, 1972, pp. 259-346.

que establecen y proclaman una ruptura entre los cuerpos y las almas, entre la razón y la emoción; una ruptura que privilegia la muerte sobre la vida, en la medida en que le asigna un mayor valor a la primera sobre la segunda; una ruptura que confunde la vida con la muerte al convertir la inmolación y el sacrificio en un recurso legítimo. Ese invento en virtud del cual la relación medios-fines legitima el uso de instrumentos, procesos, acciones, tácticas y estrategias que pasan por encima de los hombres y de las mujeres, sin importar sus edades, sus creencias y costumbres, sus opciones ante la vida y ante la muerte.

Por ello, pensar la política desde la vivencia es hacerle frente al predominio de los intereses instrumentales en el hacer y en el acontecer político. Es controvertir las pretensiones de la mal llamada Seguridad Democrática que distorsiona profundamente el sentido de la democracia misma y le cierra el paso a los valores que permiten ampliar los difíciles caminos que la humanidad transita para hacerla viable. Pensar la política desde la vivencia es pasar los discursos por el tamiz de la subjetividad, es permitir la circulación de las emociones, es filtrar los discursos con la conversación y el diálogo que reconoce la existencia de seres humanos sentipensantes, tomando la expresión de Eduardo Galeano y de Orlando Fals Borda.

Pensar la política desde la vivencia es crear espacios en los cuales sea posible desentrañar el significado y el sentido de palabras que, como las de María Eugenia Vásquez, fueron *Escritas para no morir* y como *Bitácora de una militancia*, invitan a asumir posiciones ante una “*existencia que se proyectaba como una hoja en blanco*”, a descubrir que “*La muerte se puede dibujar de un solo trazo, con un disparo*”, por ejemplo, y que “*La vida, en cambio, es una idea en borrador que se inventa a diario*”. Pensar la política desde la vivencia es también reconocer la importancia de

las “*Razones de vida*” que Vera Grabe consigna en su libro de reciente circulación, en el cual señala la importancia de convertir en motivo de conversaciones cotidianas los temas relativos a la economía, la política, la cultura, la guerra, la violencia y las diversas expresiones del conflicto social, y en el que registra también la estrecha relación entre las dimensiones públicas y privadas del ejercicio de la política, sus implicaciones para la vida familiar, su impacto sobre las condiciones laborales y su significado para las comunidades urbanas y rurales. Es también hacer visibles y audibles las voces y las palabras de mujeres y hombres que formulan propuestas para una Colombia en la cual sea posible soñar y realizar los sueños, crear nuevos lenguajes en los espacios públicos y en los privados, hacer reales los procesos de concertación y de acción colectiva pluralista; una Colombia en la cual el valor por la vida y por las condiciones que la hagan posible se constituya en el valor fundamental para el ejercicio de la política.

## II. Develar la simbiosis patriarcalismo y violencia, una alternativa para desatar la aparentemente indisoluble relación entre la política y la guerra

Y para el desarrollo de esta segunda tesis me sitúo asumiendo que en la historia del hacer político han sido mayores los encuentros entre la guerra y la política que sus desencuentros, sus distancias y sus rupturas. Y desde allí me atrevo a afirmar que aquí el debate sobre si las mujeres han participado y participan o no en la guerra tiene un carácter secundario, o mejor, no tiene cabida, por cuanto este debate reproduce concepciones dicotómicas de la participación de las mujeres en la historia; evidentemente si participan, si participamos, por cuanto las mujeres –con todas las diferencias que nos constituyen– no han ni hemos estado ausentes de la historia de la humanidad; no han ni hemos estado ausentes

de una historia anclada en una cultura que ha legitimado a la violencia y a la guerra como su partera, una cultura que se ha configurado desde la ley del padre, del hijo y del espíritu santo y de la cual formamos parte incuestionablemente mujeres y hombres.

Sin embargo la parte que corresponde a mujeres y hombres en esa cultura no ha sido la misma; las experiencias de mujeres y hombres en las guerras y las diversas expresiones de su participación no han sido nombradas con palabras de mujeres porque las voces de las mujeres, las miradas de las mujeres no han contado en esta cultura o han contado al arbitrio de los intereses dominantes; porque las mujeres han sido y siguen siendo habladas por una cultura patriarcal que tiene en la guerra una de sus principales expresiones.

Por eso esta tesis se orienta a demostrar que aunque las mujeres participan en la guerra, la guerra no es de las mujeres, no ha sido gestada por ellas; ha sido uno de los inventos de la cultura patriarcal que permanece incuestionado e incuestionable aun a comienzos del tercer milenio de la mal llamada “civilización” occidental cuando se pretende demostrar incluso que la cultura patriarcal ya no existe. Mucha gente habla del fin de la cultura patriarcal y consecuentemente de la obsolescencia del feminismo... y hoy podemos afirmar a todas luces y contando para ello con las voces de mujeres y hombres que reconocen el largo camino recorrido para que las diversas vertientes del pensamiento feminista tengan lugar, que cuando los postulados del feminismo sean asumidos políticamente, por mujeres y hombres, será posible un ejercicio de la política que no recurra al uso de las armas y que no utilice a las personas como barricadas, como escudos humanos; una política que al mismo tiempo que incorpora prácticas cotidianas de redistribución del poder -en el hogar, en la escuela, en el trabajo, en el vecindario-, descubre los nexos con

la necesaria redistribución de la riqueza y de los recursos sociales cada vez concentrados en menos manos... una política que descubre por tanto que los procesos de concentración del poder en el jefe de hogar, en la voz de mando, están intrínsecamente relacionados con los procesos de concentración de la riqueza, y que por tanto, redistribuir el poder entre los géneros en todos los espacios sociales es allanar caminos desde lo cotidiano para la imprescindible redistribución social de los bienes y de los servicios.

### III. Hacer visible la presencia de las mujeres y audibles sus voces, un imperativo ético para una oposición política alternativa

Una de las expresiones de que la guerra es producto de una cultura patriarcal que se resiste a redistribuir el poder entre los géneros y que tiene en la guerra misma una de sus posibilidades de perpetuación, es precisamente en Colombia, la no legitimación de la presencia de las mujeres en las mesas y los espacios de negociación. Y ello, a pesar de la participación de las mujeres en el gobierno, del nombramiento de un número de mujeres ministras que supera con creces y con demagogia la tan difícil lograda Ley de cuotas; a pesar de que los gobernantes de hoy, con pretensiones oportunistas, se apropien del discurso de las mujeres para vanagloriarse de que una mujer sea hoy en Colombia ministra de Defensa y de la ampliación de las tasas de participación de las mujeres como funcionarias públicas o como gerentes en las entidades del sistema financiero... Pese a ello, las mujeres participantes de los movimientos sociales de mujeres en sus diversas expresiones, no están en las mesas de negociación... las comisiones de diálogo, no han registrado las propuestas de la Ruta Pacífica de las mujeres por la paz, ni las formulaciones de la Red Nacional de Mujeres, ni las de las redes de Confluencia y de Convergencia de mujeres por una paz sostenible y sostenible. Nos corresponde a las mujeres

y a los hombres que se preguntan sobre la construcción de una paz negociada, de una paz concertada, indagar sobre las razones por las cuales ni los actores armados, ni el Estado, ni las instituciones sociales anhelan, desean, hacen posible que las voces de las mujeres circulen en dichas negociaciones. Y no es que las mujeres estén ausentes de los escenarios de paz; son muchas y múltiples las experiencias de mujeres que desde lenguajes diversos proponen un alto a la guerra; tejen alternativas de vida en medio del conflicto; expresan el dolor de las ausencias y el sin sentido de la guerra. Esas voces y esos lenguajes no cuentan para las instituciones armadas, para las estrategias militares; no cuentan tampoco para las instituciones jurídicas; porque esas voces no son construidas tácticamente; porque la lógica que las sustenta no es la lógica definida por los procesos bélicos que se sustentan en la sustracción del sentimiento; en la pretensión de la objetividad; en la cosificación de los sujetos. No cuentan porque las mujeres no hemos construido palabras que tengan el poder de frenar las balas.

No cuentan porque los hallazgos y las denuncias que mujeres y hombres hacen cuando demuestran que si los millones de pesos que se invierten en la industria armamentista se invirtiesen en la creación de condiciones para que todos los seres humanos pudiesen alimentarse, son silenciadas; porque las investigaciones sobre el hambre, la miseria y el desempleo, o mejor sobre la distribución de la riqueza no se estimulan cuando éstas ponen a circular la palabra de las pobladoras y los pobladores afectados por las inequidades en la distribución de los bienes y servicios sociales. Las voces de las mujeres no han circulado hasta ahora en las mesas de negociación porque esas voces hablarían del hambre y de la falta de alimentos en un país en el cual se la riqueza de sus recursos se dilapida con las pretensiones de un bienestar y una paz militarizada en las cuales las demandas concretas de la población no cuentan,

en un país en donde el problema son los pobres y no la pobreza, la población desplazada y no el desplazamiento, los intereses que lo sustentan y sus estragos. Las voces de las mujeres no cuentan porque ellas hablarían muy claro del dolor que representa la carencia de vivienda, de vestido, de salud y de educación, y porque la demanda de estos servicios sociales básicos es considerada todavía en nuestro país, subversiva.

Las voces de las mujeres no circulan en las mesas de negociación porque ellas nos hablarían de una ética del cuidado, que supone la atención de los vencedores y vencidos, que señala el dolor de los que combaten en uno y otro bando, que señala los efectos de la ausencia de los padres y las madres combatientes sobre sus hijos y sus hijas, y todo ello es considerado sensible, no solo dentro de las estructuras y procesos de la guerra misma sino también desde las concepciones y prácticas cotidianas de mujeres y hombres, y dentro de las estructuras y procesos de las instituciones estatales y privadas y las organizaciones que aun no logran identificar las posibilidades que las éticas del cuidado ofrecen para conectar los valores de libertad, justicia y equidad. Las voces de las mujeres no cuentan en las mesas de negociación porque las mujeres que ponen en cuestión el matrimonio entre la guerra y la cultura patriarcal tienen una voz diferente que no logra irrumpir en las lógicas del poder; porque tienen un potencial sinérgico en cuanto convocan las voces de muchas otras diferencias, de clase, de etnia, de edad, de opción sexual y con ello controvierten, con su sola presencia la pretensión homogenizadora de los modelos de desarrollo y de organización social que pretenden seguir dominando el mundo.

Preguntémonos entonces: ¿qué tanto contaron en las mesas de negociación y en los procesos de concertación las voces de la población desplazada, los resultados de los estudios realizados

sobre el desplazamiento forzoso en Colombia, las palabras y propuestas, los lamentos y clamores, las inercias y los conflictos de mujeres y hombres obligados a abandonar sus lugares de morar en razón de las guerras y sus estrategias? Los pedidos de neutralidad de las comunidades indígenas no han sido tampoco escuchados...

Y esta pregunta permite elaborar la cuarta hipótesis, de cuya demostración pueden derivarse propuestas para repensar la paz. Una expresión de que las voces diferentes a los modelos establecidos no cuentan en los procesos de negociación y concertación la constituye el tratamiento dado a la población desplazada, frente a la cual en la academia nos preguntamos si esta manera de nombrarla es correcta o si es más correcto llamarla población en situación de desplazamiento; de igual modo en la academia intentamos crear condiciones para que ellas y ellos mismos puedan nombrarse. Sin embargo también en la academia las voces diferentes aun circulan poco... o no circulan... o mejor, en la academia -cuando en ella es posible la pregunta sobre el sentido de lo público y lo estatal- las voces diferentes también intentan tener cabida. Y con esta hipótesis termino mi intervención:

#### **IV. Reinventar la política: el arte de reconocer las diferencias, valorar el conflicto y crear condiciones para una vida digna y grata**

Reinventar la política no solo es posible, sino imprescindible para generar procesos políticos a la medida de lo humano, en los cuales la vida de sus gestores y de sus destinatarios cobre sentido. Eso significa pensar la política desde la vida cotidiana,

desde el patio de atrás... desde nuevas articulaciones entre lo público y lo privado, desde el descubrimiento de los profundos nexos entre lo personal y lo político. Las mujeres, desde las diferencias que las constituyen, tejen con su particular manera de habitar y de interpretar el mundo, el surgimiento de nuevas formas de hacer política. Y este no es un propósito de largo plazo, ya se está haciendo en muchos lugares del país, y de maneras diferentes de acuerdo a las particulares historias regionales y personales y de ello dan cuenta las organizaciones de mujeres, las redes, los grupos que desde sus diferencias buscan caminos de concertación para hacerle frente a la escalada de la muerte violenta, de la guerra, del hambre y de la miseria. De ello dan cuenta las experiencias de construcción de nuevos saberes desde la academia y desde las ollas comunitarias; porque las mujeres hemos aprendido desde las condiciones que han restringido nuestros espacios para habitar el mundo, que existen diferentes lugares para el ejercicio de la política: el sindicato, el barrio, la junta comunal, la cocina, el bar y también la cama.

Porque estamos andando el difícil camino que abre paso al reconocimiento de las diferencias entre mujeres; un camino que se construye desde el lenguaje, desde la mirada, desde la escucha atenta; esto es, desde la persistente realización de ejercicios cotidianos de distribución del poder. Y en ese camino esperamos que este Foro contribuya de modo significativo en el difícil aprendizaje de la escucha de las diferencias, a partir del cual podamos construir los consensos mínimos necesarios para hacerle frente a las pretensiones de una paz militarizada y para detener las medidas de la mal llamada seguridad democrática.